

# PLUMA y LAPIZ



NÚM. 45

PILAR PÉREZ

*Fot. de Trinidad de Alemany*



## EL CUENTO DE MI MUJER

SE abrió la puerta y entró mi mujer en el despacho. Luego, vino hacia la mesa donde estaba escribiendo, y poniéndose de codos en ella, me preguntó:

—¿Qué haces?

—Nada, un cuento.

—¿Y á quién se lo vas á dedicar?

—Hija, á nadie. Si eso es muy cursi, ya no lo hacen más que los principiantes.

—Trae la pluma.

Y al mismo tiempo me la quitó de entre los dedos. Después, acercando la cuartilla donde estaba el cuento que yo escribía, puso debajo del título, en letra inglesa españolizada: *Dedicado á mi mujer*.

—Pero criatura, — le dije festivamente. — ¿Cómo voy á dedicarte un cuento, donde hay asesinatos, envenenamientos, suicidios, y qué sé yo cuántas cosas horribles?

—Pues quítalas. ¿Hacen alguna falta?

—Ninguna, como falta, ninguna.

—Di que no quieres.

—Bueno, vamos, te complaceré. Haré otra cosa; pero déjame trabajar en paz. Después, ya podrás leerlo.

—Veremos si cumples tu palabra.

Y se retiró satisfecha. Cogí la pluma, separé las cuartillas escritas y sobre una de las que quedaban limpias puse el título del nuevo cuento: *La historia de siempre*. — *Para mi mujer*.

Hélo aquí:

«Cuando Julia oyó que llamaban, fué ella misma á abrir la puerta.

—Dichosos ojos, mujer, — dijo al ver á Carmen. — Pasa, pasa.

—Lo menos hace quince días que digo: Hoy irás á verla, de hoy no pasa. ¡Pero se me va el tiempo de una manera! ¿Y qué tal?

—Bien. ¿Quieres que pasemos al despacho de mi marido?

—Sí; donde quieras.

Carmen se quedó mirando una escultura, de buena firma, que representaba á la muerte sosteniendo en sus brazos el cuerpo de una joven, en actitud desmayada. El grupo llevaba por título: *La muerte precipitando la hermosura*.

—¡Jesús, qué horror! — dijo Carmen.

—¡Ah! sí, — contestó Julia con cierto orgullo, — es bonito.

Eso de bonito se lo había oído á su marido.

—¿Y como te va con Pepe?

—Bien...

—Hija, ¡lo dices de una manera!

—Verás. Si he de ser franca, te diré que no es malo, ¡pero tiene unas rarezas!

—A ver, á ver esas rarezas. Me gusta saber cómo son los sabios para maridos.

—¿Tú no sabes lo que sucedió el día que nos casamos?

—No. Di, di, me interesa; no puedes imaginarte lo que me interesa.

—Pues, salimos de la iglesia, y no sé qué ideas me vinieron tan extrañas... Mira, ¡me entraron unas ganas de llorar! El, sin andarse con cumplimientos, sacó del bolsillo un periódico, y se puso á leer tranquilamente. Créeme, entonces le hubiera ahogado.

—Delicioso. — Contestó Carmen riéndose á carcajadas.

—¿Porqué te ríes?

—Mujer, es graciosísimo el caso. A ver, qué

más.

—Al día siguiente, me dijo: Escucha niña, tú eres aquí la reina. Haces lo que se te antoje y lo que quieras.

Déjame estudiar y escribir, ya verás que felices somos.

—¡Qué suerte!

—¿A eso le llamas suerte? Todo lo encuentra bien ó mal, según á mí me parece. Chica, te digo que es un aburrimiento. A veces pruebo de enfadarle, pero es inútil.

—¡Oh, qué hermoso! Si tu marido es una alhaja. ¡Lástima que esos hombres no abunden!



—¡Vaya un gusto!

—Hijita, es muy tarde, me voy.

Julia y Carmen se besaron cariñosamente, y al despedirse, pensó Carmen:

—¡Qué cosas más raras tienen los hombres! ¿Y por qué será así el marido de Julia? Un día se lo voy á preguntar.

Pocos días después la encontramos sentada frente á frente con el marido de aquella.

—Ea, señor sabio. Las mujeres somos muy curiosas. ¿Por qué es usted tan frío con su mujer?

—¡Jesús, María y José! ¿Qué ocurren? ¿Yo?

—Sí, usted. Nosotras sabemos mucho.

—¿Y qué sabe usted?

—Que usted quiere á Julia, pero es muy extraño con ella.

—Bien. ¿Y se puede saber á qué vienen estas filosofías?

—Sea usted atento con las señoras, caballero, y no tema usted: es una curiosidad. Yo tengo gusto en saberlo, como usted lo tiene en enterarse de muchas cosas que dicen esos librotos.

—Acabemos. ¿Va usted á ser discreta? ¿Va usted á callar lo que yo le diga?

—Haga usted cuenta de que no le oye nadie.

Y, al pronunciar estas palabras, sonreía nerviosamente de satisfacción.

—Pues escuche, Carmen. Yo aprecio á mi mujer, no haré más que su gusto, jamás la faltaré con otra; pero ese cariño que usted pide, yo no puedo tenerlo á ella ni á nadie. Verá usted; Julia tuvo

relaciones con un amigo mío, le quería muchísimo, pero era un perdis y la boda no se hizo. Sin embargo, Julia le adora aún, no lo demuestra, no le mira si le encuentra; pero sufre por no haberle mirado. Estoy seguro de que antes de faltarme se mataría... pero conserva su amor antiguo. Y á mí me sucede exactamente lo propio con una mujer. ¿Se ha enterado usted?

—Muy bien... ¡Qué talento!

—Gracias.»

Así acababa el cuento.

Entonces nuestro sabio llamó á Julia y le dijo:

—Ea, mujer, ahora estarás satisfecha. Ahí tienes el cuento.

Julia, sonriente, empezó á leer. A medida que avanzaba iba poniéndose seria. Cuando

terminó, ¡con qué indignación miró á su marido!

—Eres un infame, —exclamó.

—¡Pero mujer, si eso es un cuento!

—Sí, el cuento de nunca acabar.

—Cierto, —pensó el escritor, —es la historia de siempre.

Julia, indignada, rompió las cuartillas en pequeños pedazos.

Y le dijo su marido moviendo tristemente la cabeza:

—Hija mía, has roto el cuento sin acordarte de que se puede escribir otro. ¡Ojalá pudiera hacerse lo mismo con el corazón humano!

FRANCISCO GIRALDOS

Ilustrado por ARGEMÍ.



## HISTORIA DRAMÁTICA

Voy á contaros una *historia triste* que hace tiempo me contó un amigo mío.

Este amigo había sido rico, muy rico, y además era noble, hijo de una de las más ilustres familias de España. Estaba casado con mujer hermosa, rica y vanidosa al propio tiempo. Y como perdiera él la fortuna propia en pleitos, su mujer, que siempre había protestado de su amor cuando él era rico, le abandonó al volver de un sitio de aguas, en cuanto tuvo la noticia de que se había vuelto pobre.

Hablándome en París, un día que le invité á comer, de su pasada desgracia, de que se había querido suicidar, sin conseguirlo, pues se echó por una ventana á la calle, y antes de llegar al suelo, tropezó con un farol y sólo se rompió un brazo; de que, después de curado en el Hospital, encontró una buena

alma que, viendo en él un joven instruido y un perfecto caballero, le procuró un medio honrado de ganar su subsistencia, colocándole como secretario del sobrecargo de uno de los buques que van de Amberes á América; hablando, pues, de todo eso, y como yo me compadeciera de su pasada suerte, —«Aún hay quien la ha tenido peor»— me dijo. Y me contó la siguiente historia:

Yendo él de empleado en dicho buque, tomó pasaje de primera en un camarote reservado, un inglés de unos 35 años de edad, alto, guapo y distinguido como un verdadero *gentleman*, pero taciturno como un misántropo. Cierta día, en alta mar, en medio de una tormenta espantosa, se encontraron solos con la tripulación sobre la cubierta del buque, mi amigo y el inglés, ambos desafiando la tormenta, no haciendo



caso de los consejos del capitán que les rogaba que se retiraran á sus camarotes.

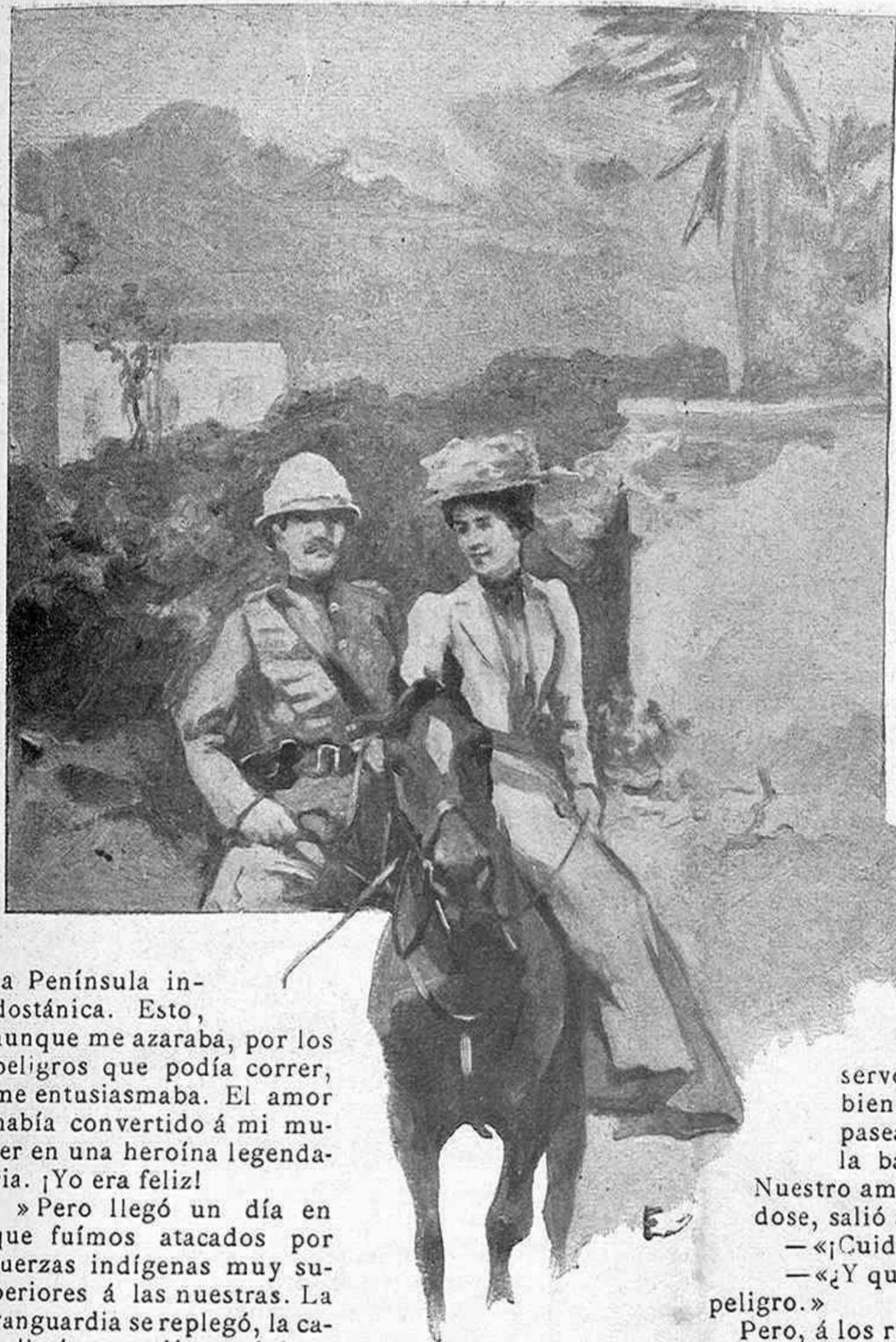
—¿Y qué nos importa la vida?— le respondieron ambos.

El capitán, entonces, les mandó que se retirasen, sino los haría conducir por fuerza á sus alojamientos. Y no tuvieron más remedio que bajar al *fumoir* del vapor. La respuesta espontánea de ambos les había hecho amigos.

—«¿Tan poco os importa la vida?— preguntó el milord, á nuestro amigo.— «¡Considero la muerte como un bien! he intentado una vez suicidarme, sin lograr más que aumentar mis padecimientos,» —le respondió éste. Y aquí le refirió su verdadera historia.

—«Ya me había parecido á mí,— le respondió el inglés,— que bajo vuestro humilde uniforme de simple funcionario administrativo de la *Compañía trasatlántica de Amberes*, se escondía un verdadero *gentleman*, pero ahora veo más en vos, veo un hermano de sufrimiento. Mi historia es tanto ó más triste que la vuestra, y os la voy á contar,— le dijo,— puesto que vos me habéis contado la vuestra.

» Yo soy hijo de lord F., de Escocia, y coronel en propiedad del 4.º regimiento de *highlanders* que fué destinado á la India. Hace unos siete años me casé con lady P., una de las hijas de un banquero de la *Cyti*, hermosa, instruída, inteligente, de la cual me enamoré como un loco perdido. Hemos vivido juntos dos años, amándonos como dos enamorados... sin tener hijos por fortuna. Tanto me quería mi esposa, que cuando fué destinado á la India con mi regimiento, ella quiso acompañarme, sin atender á las reflexiones que le hice de los peligros que podía correr en aquel país malsano, y entonces, casi en continua revuelta. Todo fué inútil. Se embarcó conmigo y, llegados á Ceilán, quiso acompañarme en mis expediciones militares al interior de



la Península indostánica. Esto, aunque me azaraba, por los peligros que podía correr, me entusiasmaba. El amor había convertido á mi mujer en una heroína legendaria. ¡Yo era feliz!

» Pero llegó un día en que fuimos atacados por fuerzas indígenas muy superiores á las nuestras. La vanguardia se replegó, la caballería no podía maniobrar por lo accidentado del terreno. No teníamos artillería. Y no me quedó más remedio, á mí, como jefe de la expedición, que el de hacer formar el cuadro.

» Tras una heroica defensa, una de las líneas vaciló, se rompió éste, y yo me vi rodeado de mi escolta ya diezmada, en el centro, con mi mujer al lado. Entonces, pensé en morir dignamente, tal cual debe un verdadero *gentleman* de mi linaje. Cogí mi revólver, y dije á mi mujer, que estaba rezando con su biblia en la mano: «— Abracémonos por la última vez en la vida. Cuando veas que caigo en el suelo atravesado por una bala, pide perdón á Dios, y pégate un tiro. No quiero que seas profanada por esos salvajes y que te vendan en un mercado de carne humana.—Entonces ella, muy seria, me miró, y me dijo:

» —¿A qué matarme? ¡Sea lo que Dios quiera!

» —¿No tienes valor? pues te pagaré yo el tiro.

» —¡Ah, no, no! — repuso horrorizada.— Mi religión me impide el suicidio.

» Tiré el revólver al suelo, descorazonado. El alfanje indio que me hirió dos minutos después, no me hizo tanto daño como la respuesta de mi mujer en aquel momento. Cuando recobré el sentido, me encontré en un hospital de campaña, con la cabeza vendada, y rodeado de algunos amigos de mi regimiento, de otros oficiales ingleses y de dos enfermeros, y un médico mayor, que estaba en un ángulo de la estancia conversando con mi mujer. A lo que contaron, el general Danner, había llegado á tiempo de derrotar á los

indios, antes de que mis últimos bravos escoceses sucumbieran. Mi convalecencia fué larga. Duró dos meses. Mi mujer estaba en mi tienda todo el tiempo, pero yo hubiera preferido no verla.

» Un día, al cabo de unos dos meses, le dije á mi esposa que tenía que ir á Londres para ver á un amigo que había llegado de la India. Y con un maletín de mano, me fuí, llegué, me embarqué para el continente, mudando de nombre, y no he vuelto más. Desde Londres dirigí un pliego á mi notario con mi testamento, dejándolo todo: mis fincas, mis casas, mis caballos, á los pocos sobrevivientes de mi escolta.

» En mi maleta me llevé mis títulos al portador, que negocié en París, convirtiéndolos en metálico. He viajado por todo el continente europeo, y ahora... ahora me voy á América... al azar...»

—¿Y ha olvidado usted ya á la ingrata? — preguntó mi amigo.

—No, y ésta es mi pena, no puedo vivir con ella, porque la detesto por su cobardía bíblica,—y no puedo vivir sin ella; la vida sin amor me parece un día sin sol, es decir, una noche oscura.

Mi amigo y el lord, habían quedado tan amigos que parecían dos hermanos. Una tarde, al ponerse el sol, mi amigo ob-

servó desde la caseta en que estaba escribiendo con el sobrecargo, que el escocés se paseaba á proa por encima del bordillo de la barandilla, como haciendo equilibrios.

Nuestro amigo, no pudo contenerse y, levantándose, salió á cubierta y le gritó:

—«¡Cuidado, que se va usted á caer en el agua!»

—«¿Y qué? — le respondió.— A mí me gusta el peligro.»

Pero, á los ruegos de mi amigo, bajó.

Al anoecer, cuando ya todo el mundo estaba retirándose, se oyeron gritos de «¡Hombre al agua!»

Y en seguida se paró el buque, pero por más que se hizo, nada se pudo encontrar.

Era el escocés, que había desaparecido, desplomándose desde el bordillo de proa.

¿Se habría suicidado?...

Al siguiente día, el capitán del buque llamó á mi amigo y le enseñó una carta que había encontrado en el camarote del lord. Esta decía así:

« Instituyo heredero de todo lo que me queda y está contenido en mi maleta, á mi buen amigo don T. A. » Además, con mis vestidos, mis anillos, mi reloj y mi cadena, que están en el cajón de la mesa de noche. »

El capitán, en presencia de los testigos de costumbre, entregó lo dicho á mi amigo, con la llave del mundo, que estaba dentro de la carta. Al abrirlo, éste se encontró encima de la ropa un paquete con un letrero que decía, REMEMBER. Dentro había diez mil libras esterlinas en billetes del Banco de Londres y un precioso retrato, vestido de mayor de *highlanders*. Mi amigo, desde aquel día, no se separa ni un momento del retrato de aquel lord generoso, al que debe la existencia.

Y lo que he contado es absolutamente verdad; la verdad pura. No he hecho más que omitir los nombres.

POMPEYO GENER

Ilustraciones de E. ESTEVAN.

# LEYENDAS Y TRADICIONES

(SAN SEBASTIÁN)

ATENEU D.  
BIBLIOTECA  
MADRID



**C**UENTAN las crónicas que en el año de gracia 1585 nació en la hoy hermosa ciudad de los aristocráticos baños marítimos de Miramar, la Concha, la Zurriola, etc., nació, decimos, la niña Catalina de Erauso y Pérez, hija del capitán don Miguel y de doña María Pérez de Galarraga.

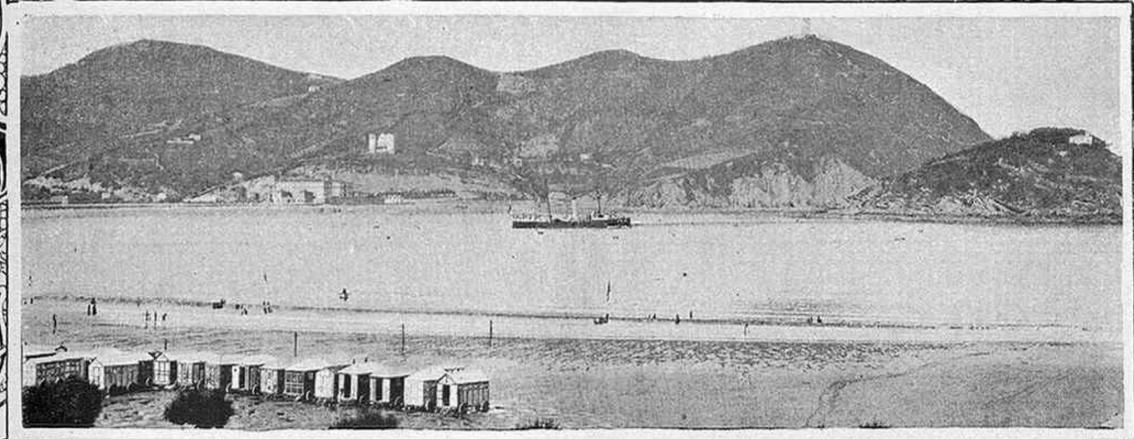
A los cuatro años de edad, hicieronla entrar en el convento de san Sebastián del Antiguo, cuya priora era tía suya, y allí permaneció hasta que, á los quince años, en 18 de Marzo de 1600, á consecuencia de una reyerta que tuvo con una de las monjas, fugóse del convento, ocultándose en un castañar próximo, donde

se cortó el cabello, hizo, con singular habilidad, de sus propios vestidos otros de hombre, que se puso, y emprendió á pie la marcha hasta Vitoria, no teniendo otra comida que las yerbas que encontraba por el camino. De Vitoria pasó á Valladolid, donde entró á servir en calidad de paje en casa del secretario del Rey, con el nombre supuesto de Francisco de Loyola, y allí permaneció hasta que enterada de que su padre, habiendo des-

oispo. Azares de la suerte llevóla á Trujillo, donde se hallaba de dependiente de un comercio, cuando se la presentó Reyes acompañado de dos más, todos los cuales la acometieron; pero la joven pasó á uno de parte á parte y hubiera hecho lo propio con los demás, de no presentarse la justicia, que la obligó á buscar refugio en sagrado, del que sólo salió para huir á Lima, protegida siempre por Urquiza.

En Lima entró de mancebo en una tienda, y cuando ya había logrado que se la colocara al frente de ella, con crecido sueldo, fué despedida... ¡por haberla hallado su principal requiebrando á una sobrina suya! Con esto se cansó Catalina del servicio doméstico y se alistó en el cuerpo de milicia que, al mando del maestro de campo Bravo de Sarabia, partía para Santiago de Chile.

Al desembarcar en esta ciudad el Secretario del Gobernador de



cubierto su paradero, se presentaba á reclamarla, huyó de nuevo y no paró hasta Bilbao. En este punto entró sosteniendo una pendencia con varios pilluelos que la hicieron burla y, habiendo herido á varios, pasó algunos días en la cárcel. Al salir en libertad, marchóse á Estella, donde nuevamente sirvió de paje durante dos años á una persona de calidad, volviendo de nuevo, con singular atrevimiento á San Sebastián, en cuyo punto, ni aún sus propios padres la reconocieron, y eso que estuvo oyendo misa junto á su propia madre.

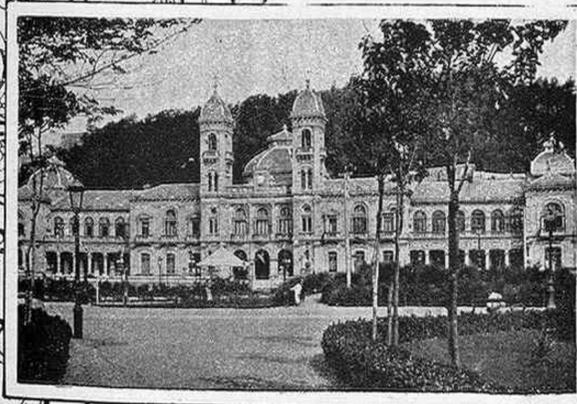
De San Sebastián fué á Pasajes, de allí á Sevilla, y de la ciudad del Betis pasó, nada menos, que á Cartagena de Indias, en la armada que capitaneaba Fajardo.

La atrevida *monja alférez*, nombre con que se la conoce en la Historia, consagróse al comercio en la indicada ciudad americana, asociándose á un tal Urquiza con el que hizo por mar un viaje, en el cual naufragó el buque, salvándose ambos de milagro.

No mucho después, tuvo una cuestión con un tal Reyes, al que cortó la cara con la espada, y atravesó luego á un amigo de éste que salió á su defensa, por lo cual hubo de refugiarse la varonil Catalina en una iglesia, donde, no obstante, la prendieron trasladándola á la cárcel, de la que salió por las gestiones de su antiguo socio y del

la plaza, don Miguel Erauso, pasó lista á la tropa, y al llegar á su propio apellido corrió hacia Catalina y la abrazó suponiendo que Antonio Erauso, nuevo nombre adoptado por la joven, sería algún pariente suyo. Hay que advertir que don Miguel partió á América cuando Catalina sólo contaba dos años, por lo que no podía reconocerla. En compañía de su hermano, que la protegió cuanto pudo, estuvo tres años, hasta que riñó con él, llegando al extremo de andar á cintarazos... ¡por rivalidades amorosas! No puede llevarse más lejos el disimulo.

Castigada á destierro, y no á mayor pena por la intercesión del propio ofendido, partió á la guerra y en una acción librada contra los indios en los llanos de Valdivia, recobró una bandera de que se habían apoderado los enemigos, dando muerte al cacique que se la llevaba é hiriendo á varios, hasta que, herida ella misma, volvió á los suyos y fué socorrida por éstos y por su propio hermano. Tan heroica acción fué recompensada con el empleo de alférez que desempeñó cinco años, hasta que en la batalla de Puren, muerto el capitán de su compañía, se encargó del mando de ésta, que acaso habría logrado en propiedad si, por consecuencia de otro lance, no hubiere matado á un alférez y al auditor general que acudió para prenderla. Esto



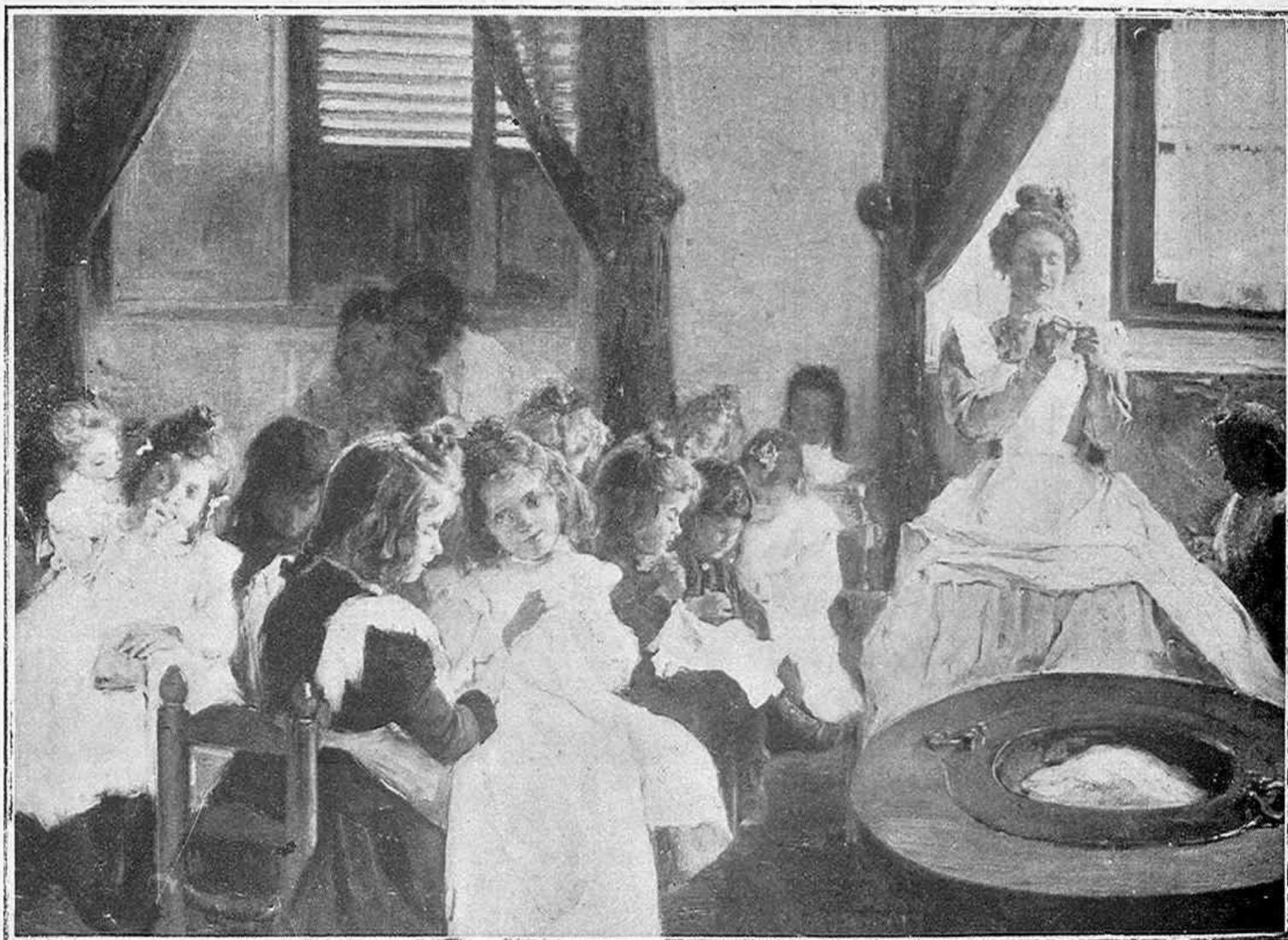
Orlado por GASPARD CAMPS.

Fotografías de Hauser y Menet.

la puso en la precisión de acogerse una vez más á sagrado, hasta que se fugó á Tucumán, distante trescientas leguas. De este punto pasó al Potrí, alistóse en el ejército y, por sus servicios contra los insurrectos, logró el cargo de ayudante del sargento mayor. A los dos años desertó á Pricobenuba y, habiendo dado muerte á uno, fué condenada á su vez, á la última pena. Cuando ya se hallaba colocada en el patíbulo y con el cordel puesto al cuello para ejecutarla, dice el señor Vecino: — «Llegó al pueblo á todo galope un parte de la capital de la Plata con orden de que se suspendiera la ejecución, y se remitiese el reo y el sumario al superior tribunal de aquella ciudad. Llegada la Erauso á la Plata, fué puesta en libertad, por haber hecho retractación los testigos que habían declarado contra ella. Posteriormente se vió condenada por dos veces á la última pena, librándose asimismo ambas.

Volvió á Lima, salvóse de un naufragio en aguas del Callao, sirviendo como marino de guerra en un combate contra la escuadra holandesa; pasó á Cuzco y allí, en riña con un carretero apodado el Cid, al que dió muerte, quedó tan gravemente herida que, juzgando próximo su fin, reveló á su confesor el secreto de su sexo que por tanto tiempo había guardado. Esto le valió la vida, pues, una vez curada de sus lesiones, se la facilitaron medios de burlar la vigilancia de que era objeto y huir á Guamanga, donde sostuvo una riña más, que no tuvo consecuencias por haberse interpuesto el Obispo á quien Catalina, no sólo rindió sus armas, sino que manifestó también su verdadera calidad, por lo que el prelado dispuso que entrase en un convento.

DOMINGO MUÑOZ



LA AMIGA.

Fot. de Hijos de Mateu.

Segunda medalla en la actual Exposición Nacional de Bellas Artes.

Muerto este Obispo, dice el mismo escritor antes citado, fué reclamada la Erauso por el arzobispo de Lima, pasando á uno de los conventos de aquella población, hasta que, resuelta á regresar á su patria, pidió la exclaustación y le fué concedida. Dejó el hábito de monja y vistióse otra vez el de hombre, embarcándose en 1624 con dirección á España, arribando al puerto de Cádiz.

Al poco tiempo, marchó á Roma, donde permaneció cuarenta y cinco días muy obsequiada por los cardenales y otros personajes, y mereció del Papa Urbano VIII que la concediera el permiso para que siguiera llevando traje de varón.

Cuando de la ciudad Eterna volvió á España, el Monarca autorizóla igualmente para continuar usando traje militar y la concedió el título de alférez, con el que regresó á las Indias, en 1630, falleciendo en Méjico, á mediados del siglo XVII.

Los hechos de la célebre donostiarra constan, no solamente en sus memorias, sino en documentos oficiales, cual su credencial de alférez; de otra manera, motivos habría para juzgar leyenda fabulosa, lo que no es sino histórica tradición.

EDUARDO BLASCO



**R**OBERTO estaba loco de alegría. ¡Al fin, iban á realizarse sus dulces ensueños! Ser esposo de Aurora, poder estar á su lado y contemplarla á su sabor á todas horas del día, sentir el influjo de sus miradas ardientes, y escuchar su voz argentina, que tan armoniosamente sonaba en sus oídos, era para Roberto la suprema felicidad, y esa felicidad la alcanzaría muy pronto.

Ahora que se encontraba próximo á la dicha sin límites con que había soñado tantas veces, repasaba en su imaginación sobreescitada por las emociones propias del momento, las mil dificultades que tuvo que vencer.

Primeramente, la oposición de los padres de Aurora, que le declararon cruda guerra desde el primer momento por juzgarle demasiado joven para su hija.

¡Demasiado joven, y tenía un año y tres meses más que élla!

Después, tuvo que luchar en su propio terreno y contra su misma familia. Sus hermanas, principalmente, comenzaron á sacar tiras de la finísima y sonrosada piel de su pobrecita novia, y en su defensa libró la más descomunal batalla que consignaban los anales domésticos de su esclarecido linaje.

Que si era coqueta, que si lucía en sus modales una desenvoltura impropia de una señorita, que si esto, que si lo otro...

Roberto cobijó á su amada bajo el escudo invulnerable de su cariño, resistiendo impávido la lluvia de punzantes dardos y aceradas flechas que cayó sobre él en forma de improprios, expresiones compasivas y donosas burlas.

¡Coqueta! ¿Y acaso la coquetería no era innata en la mujer?

¡Desenvuelta! Cierto, pero una desenvoltura angelical y nada chocante. ¡Sí eso justamente era lo que más le había cautivado!

Pero á pudorosa y recatada, pocas le ganarían. Conque una tarde que se hallaron solos en el jardín, se atrevió á pedirle un beso, y élla, con mucha dulzura, eso sí, pero también con mucha dignidad, exclamó:—¡Qué osado es usted!... ¡Un beso!... Eso no se pide...

¡Y al decir esto estaba tan hermosa, tan incitante! Pues, aunque yo no insistí, monologaba Roberto, bien recuerdo que después estuvo seria conmigo toda la tarde, enojada, sin duda, por mi atrevimiento. Pero mañana, á estas horas, seré su maridito; no, su marido no, es muy vulgar esta palabra, su amante, su amantísimo esposo.

Porque yo la querré mucho. ¿Y ella? ¿Me querrá ella?

Aurora es el ideal que yo me había forjado. Franca, sincera, candorosa, pero también ardiente y apasionada.

Dios mío, ¿y si me equivocase? No, de ningún modo. Mi anhelo era encontrar una mujer así, capaz

de amar con mucho fuego. ¡Qué gusto dará oír sus dulcísimas frases de cariño! ¡Qué cosas más bonitas me dirá! «¡Esposo mío! ¡Queridísimo esposo!» Y yo ¿cómo expresaré todo el amor que siento por ella?

En estas y otras cavilaciones, Roberto pasó la noche sin dormir.

Llegó el día de la boda y celebróse la ceremonia con gran esplendor.

Los padres de los contrayentes hicieron gala de su riqueza, y en los salones de la casa de la novia, profusamente adornados con flores, reunióse lo más florido de la sociedad bonaerense, según afirmaba en su crónica el redactor de la *Vida Social*, de un diario de la tarde.

—Aurora, decía Roberto con vos emocionada, eres un ángel. Por eso te quiero con idolatría... Por eso... porque eres un ángel... porque...

—Calla... ¡tonto!—murmuró Aurora, dejándose besar.

Y Roberto, radiante de gozo, pensó con alegría:

—¡Es mi ideal! ¡es mi ideal!...

¡Con qué fuego, con qué pasión me ha llamado tonto!

VICENTE NICOLAU ROIG

Buenos Aires.



Ilustraciones de VASCO ASÁN.

## PASATIEMPOS

### CHARADA

—Gondolero ¿dónde bueno?  
—Hacia la *segunda tercia*,  
del viento allí á resguardarme  
porque el vendaval arrecia.  
—¡Jesucristo! qué *dos prima*  
de aire; mira como vuela  
mi birrete.

—Si esto sigue  
va á volar hasta Venecia.  
De la presente charada  
el *todo* un enigma encierra,  
que muchos por descifrar  
tiempo pierden y paciencia.

J. SMAR.

\*\*\*

### JEROGLÍFICO REFRAN

Santa Rita 2 □ 500 oxido de calcio  
I Prroto San Juan Bautista

RICARDO CEBALLOS RUIZ.

### LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 1 2 3 4 5 6 7 8 — Hombre célebre por su valor.  
4 2 5 3 6 5 8 — Animal lanar.  
7 8 5 2 7 2 — Pescado.  
4 5 6 1 2 — Isla del Mediterráneo.  
5 2 7 2 — Término Geográfico.  
2 3 2 — Nombre de mujer.  
7 8 — Nota musical.  
1 — Consonante.

G. L.

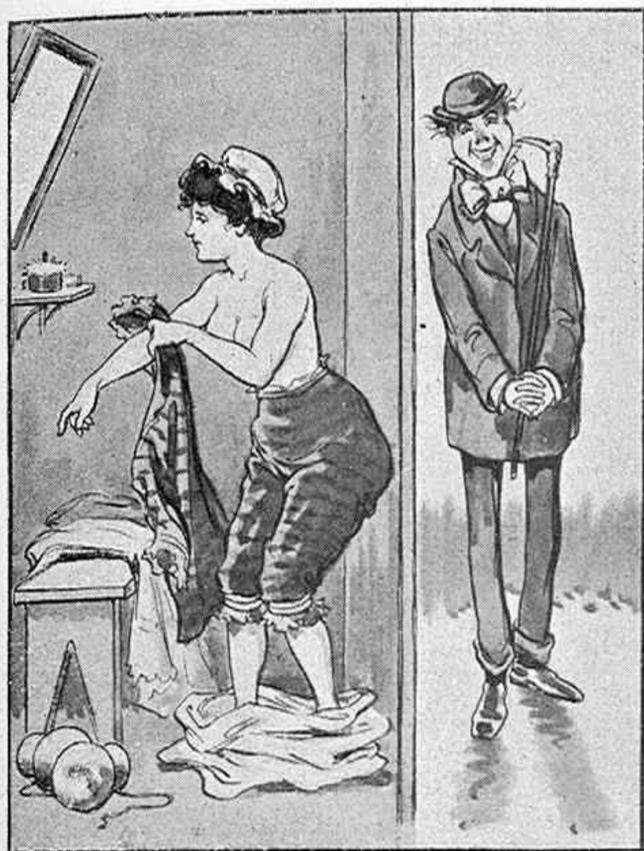
\*\*\*

### JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

Rojo mirlo di

F. DE P. SÁNCHEZ.

por M. NAVARRETE.



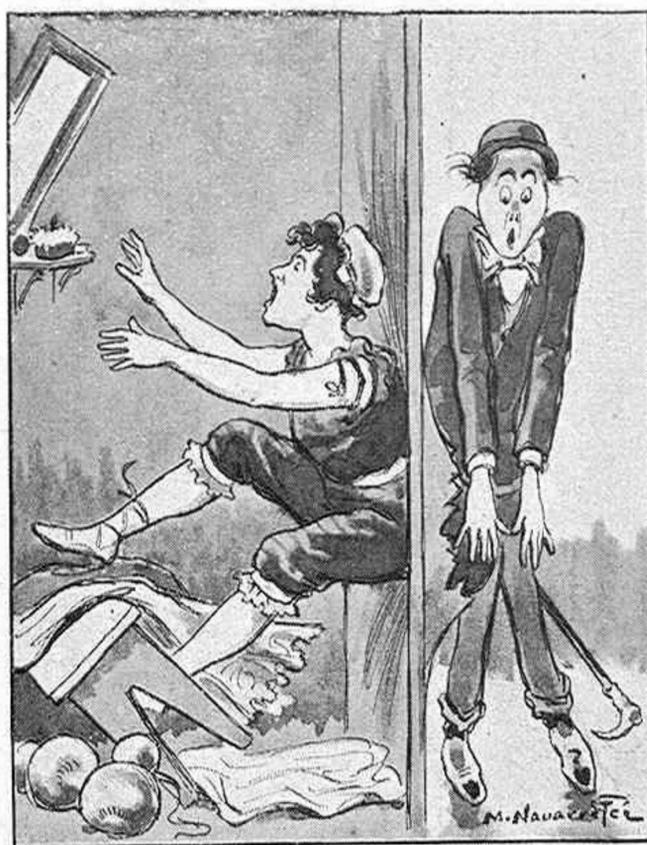
1.—Esa mujer me tiene loco... ¡Qué bonita y graciosa es!... A la primera ocasión me insinúo. Ahora se estará poniendo el traje de baño... Si hubiese por este lado algún agujerito...



2.—¡Canastos! Debe ser ella. ¡Ni que lo hiciera adrede! ¿Se habrá apercibido de que la seguía y tratará de llamar mi atención?



3.—Si fuese de aquellas á quienes les gustan los hombres atrevidos... ¡qué gran ocasión para insinuar-me!... Nadie me ve... ¡Ea! Me lanzo... y veremos en qué para la aventura.



4 —¡Ay! ¡ay! ¡Socorro!... ¡bañero!...  
—No se asuste ni grite, señorita. Ningún peligro corre usted, porque yo... la sostengo.



SERIE 1.<sup>a</sup>

*Cartel publicado por la Casa Bosch, de Badalona.*

NÚM. 45